

El precio de mi libertad

Raquel Guerra Segura

Estaba sentada en un rincón de una habitación fría, vacía y oscura. Con las piernas dobladas resguardando mi pecho, las mejillas ensangrentadas y un sabor, por desgracia, ya conocido en la boca. Una mezcla de sal y sangre. El silencio era ensordecedor. En mi mente los pensamientos estaban gritándome, ¡Corre! ¡Vete de aquí! Sin embargo, mi cuerpo estaba paralizado, el miedo se incrustaba en cada una de mis terminaciones nerviosas. Así lo demostraban mis lágrimas, que se teñían de rojo al recorrer mi cara amoratada. Aunque siendo sincera no sentía más dolor que el de mi alma, mucho más rota que mi cuerpo.

En un impulso de valentía corrí hacia el baño, con miedo de toparme con el perpetrador. Miré mi rostro destrozado, los ojos morados e hinchados, la sangre empapando mi camiseta. Me desnudé para meterme en la ducha y me avergoncé de mi cuerpo cubierto de golpes. Mientras el agua caía a borbotones por mi cara, se mezclaba con mis lágrimas y arrastraba la sangre hasta mis pies, mi mente sopesaba lo ocurrido. Aún cabía clemencia en mi mente para él. Pensaba que la culpa era mía, que él me quería y que merecía los golpes con los que aquel monstruo me obsequiaba día sí y día también.

Recuerdo que aquel día me metí en la cama y me quedé dormida al instante. Dormí plácidamente. Hacía tiempo

que no lo hacía. A la mañana siguiente me resigné a levantarme de la cama, pues debía cumplir mi “deber” como mujer antes de que él llegara: si no, me castigaría otra vez. A media mañana sonó el timbre. No quería abrir para que nadie viera lo que me habían hecho. Se escuchaba una voz familiar detrás de la puerta.

—Sara, ábreme, soy mamá.

Las lágrimas brotaron sin piedad de mis ojos.

—Vete, mamá, no quiero verte -le contesté con todo el dolor de mi corazón. Pero esa excusa no le sirvió.

—No pienso irme de aquí hasta que te vea -dijo en un tono firme, más firme que el de un general en la milicia.

Abrí la puerta con la cabeza gacha. Mi madre enmudeció al verme y alargó sus manos para tocar mi rostro destrozado. Solo fue capaz de preguntarme desde cuándo. Lloré más desconsoladamente y de inmediato su rostro se endureció. Cogió mi abrigo, lo colocó sobre mis hombros, me agarró de la mano y dijo “vamos hija, esto hay que denunciarlo”. Le solté la mano y di un paso atrás. Mi madre me miraba confundida, esperando una explicación. Cerró la puerta detrás de ella, se sentó en una silla de la cocina y esperó con paciencia a que las palabras surgieran de mi boca. Recuerdo haberle dicho que él me amaba y que si me había pegado era por mi culpa. Aún veo los ojos de mi madre llenos de ira.

—¿Por tu culpa? Sara, ¡qué estás diciendo!

Mi madre echaba fuego por la boca. Ambas nos mirábamos en silencio y entonces su mirada se volvió

compasiva. Sus palabras aún se hacen eco en mi memoria. Como si las hubiera pronunciado ayer.

—Escucha, hija, el amor no es así. El amor libera, no aprisiona. Cuando amas y te aman se respira armonía, se respira paz... Hija, llevas cadenas que te engrilletan y una venda en los ojos que sin darte cuenta no te deja ver. El amor no golpea. Yo te enseñé a ser una persona libre, jamás te enjaulé porque sabía que tú, mi niña, más que nadie necesitabas volar. Y ahora al escucharte se me parte el alma. Veo que te has dejado cortar las alas. No te das cuenta de que tu vida se está convirtiendo en un infierno, y estás sembrando flores en él. Hija mía, el amor no es así... El amor no hay que disfrazarlo, su belleza resplandece sola.

—Mamá, no le voy a denunciar, yo le quiero y él me quiere. Me ha dicho que no volverá a pasar.

Vi la pena en los ojos de mi madre. Se levantó para marcharse y al salir por la puerta dijo:

—Si no lo haces tú, lo haré yo —y cerró la puerta de un portazo.

Los esfuerzos de mi madre fueron en vano. No testifiqué en contra de mi opresor. No era consciente del destino que me deparaba.

Esa misma noche, después del juicio, al llegar a casa, me dio una paliza. Recuerdo que me arrastraba por el suelo, los oídos me pitaban por los golpes que había recibido. Solo escuchaba: “es por tu culpa, es por tu maldita culpa”. Me dio

el golpe definitivo. Esa noche mi vida terminó, y con ella mi sufrimiento, y por fin pude volar.

Mi liberación me costó la vida.

...

Esta historia es acaso ficticia, pero por desgracia relata la realidad de muchas mujeres hoy en día.

Mujer, no estás sola. No permitas que te arrebaten la vida.

Aún en las más oscuras tinieblas, siempre encontrarás a alguien que te aporte luz.

No olvides que el amor es libertad, nunca lo contrario. Y que si aprisiona, prohíbe o cohibe, no te están amando, te están encarcelando.

Todos merecemos ser libres.

No olvidemos que el amor propio no es egoísmo, es una enseñanza hacia los demás de cómo se nos debe amar.

Ni una más, ni una menos.